

LA FAMILIA

COLUMNA VERTEBRAL DE CUALQUIER SOCIEDAD

Por P. CARLOS DÍAZ, CP

Cuando realizamos cualquier edificación se necesita una buena construcción, buenos materiales, una buena base y unas columnas que sostengan toda la edificación para que no se derrumbe. Lo sabemos bien cuando nos afectan los ciclones o por varias edificaciones que vemos en nuestra ciudad, las cuales, —a pesar del tiempo y el deterioro del tiempo— aún permanecen. Así es también la familia humana en cualquier sociedad.

La familia es «la primera escuela de las virtudes sociales, que todas las sociedades necesitan» (GS, 3). En este ambiente se perciben los valores fundamentales sobre los que descansan la estabilidad y la armonía de la familia.

El surgimiento de nuevas estructuras sociales por los cambios de época está relacionado con los grandes adelantos en la ciencia, la tecnología, las diferentes culturas e ideologías, etc., las que, por supuesto, afectan a los integrantes del núcleo familiar.

La familia está llamada a vivir en situación muchas veces de desierto, de incompreensión, de silencio, resistencia... su verdadero testimonio consistirá siempre en la coherencia y la fidelidad, en ser la columna vertebral de cualquier sociedad.

Para que lo antes expuesto se logre, debe existir una buena relación entre los padres y los hijos; así como con el resto del núcleo familiar. El bien de la familia es decisivo para el futuro del mundo y de la Iglesia.

Sabemos que, en ocasiones, es difícil mantener una sana educación entre sociedad y familia por el

deterioro de los valores humanos y cristianos que afectan a la sociedad. Ciertamente, si miramos la realidad de la familia, —en cualquier sociedad, no sólo la nuestra— es compleja porque los cambios antropológicos y culturales influyen en todos los aspectos y estos requieren un enfoque analítico y diversificado.

Mucho de los problemas de las familias radica en la dificultad que se encuentran en la sociedad secular de hoy. Hay veces que los integrantes de la familia pueden sentir o vivir el núcleo familiar como un lugar de paso, sin sentir ni tener amor, ni responsabilidad para realizar un proyecto común.

Estos modelos o patrones antes mencionado no ayudan a un desarrollo armónico dentro de las estructurales sociales; y no tienen nada que ver con la vivencia de nuestra fe; pero, por encima de todo, debemos mantener y educar a nuestros hijos en esos valores humanos que hemos recibido del pasado, lo que, por supuesto, constituye un gran reto.

Quizás, en nuestras familias, sabemos lo que tenemos y debemos hacer; sin embargo, el miedo, las estructuras socio-políticas-educativas de hoy, las crisis matrimoniales que no se afrontan correctamente, y demás, nos hacen que ocultemos la verdad de las cosas, de no ser coherentes; y que, lamentablemente luego nos convertimos con frecuencia en motivo y fuente de lucha, de persecución, odio, o rivalidad para los demás.

Asimismo, el debilitamiento de la fe y de la práctica religiosa afectan en cierta medida a las familias. Realmente, la familia sigue

teniendo un gran valor y un desafío para continuar aportando toda una herencia y riqueza de valores que hoy nuestra sociedad necesita con urgencia. La familia es un bien del cual la sociedad no puede prescindir, pero que necesita ser protegida, respetada y defendida en todo momento y bajo cualquier situación.

El Concilio Vaticano II consideró que las familias cristianas deben ofrecer un mensaje de esperanza y de vida, cuyo centro y modelo sea: Jesucristo ayer, hoy y siempre. Es preciso recuperar el eje iluminador de nuestro compromiso cristiano. Seguirlo a Él significa apostar por los valores del Reino.

El matrimonio cristiano es un signo que no sólo indica cuánto amó Cristo a su Iglesia, sino que se hace presente en ese amor de la comunión de los esposos. En cada hogar cristiano se forjan todos los valores, sentimientos y enseñanzas para garantizar el bien común, y para que se realice y desarrolle una sociedad sana.

Es necesario que sigamos siendo esas columnas vertebrales que sostienen, contra viento y marea, los valores humanos y cristianos, para así revitalizar la dignidad de la familia.

Como hombres y mujeres de fe estamos llamados a continuar nuestra misión en la Cuba de hoy, la que tanto lo necesita para el presente y el futuro de nuestra sociedad.

